

Alocución de
S.A.R. Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias y Orléans, Duque de
Calabria, Conde de Caserta, etc.
Gran Maestro de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge,
en ocasión de la ofrenda e imposición del manto de la Orden a la
Sagrada Imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza,
el 23 de marzo de 2019

Muy Ilustre Señor Canónigo,

El 11 de Agosto del año 1723, el Papa Inocencio XIII, el mismo que concedió a los Grandes Piores de nuestra Orden el insigne privilegio de ordenar sacerdotes, satisfizo por fin un antiguo deseo del municipio de Zaragoza, de las antiguas Cortes de Aragón, del Cabildo Metropolitano y de los reyes, al conceder oficio litúrgico propio a la Virgen del Pilar para el día 12 de octubre.

Otro Romano Pontífice, de feliz recordación, el venerable Papa Pío XII, Baylio Gran Cruz de Justicia que fue de nuestra Sacra Milicia concedió el rango de basílica menor a este templo que hoy con generosidad nos acoge.

Según una antiquísima y piadosa tradición, María, cuando aún vivía, se apareció en carne mortal y confortó al apóstol Santiago, que predicaba el Evangelio junto al río Ebro a su paso por Zaragoza. Ella alentó a Santiago en el comienzo de los duros inicios de su misión. La propagación de la fe, junto con la Glorificación de la Cruz y la defensa de la Santa Romana Iglesia, es también nuestra finalidad, consagrada en nuestros Estatutos.

El Pilar de Zaragoza –dijo San Juan Pablo II en esta preciosa ciudad el 6 de noviembre de 1982- “ha sido siempre considerado como símbolo de la firmeza de la fe de los españoles”

Los cristianos, como María, tenemos el reto de acoger a todos, especialmente a los pobres y a cuantos sufren. La pobreza y el sufrimiento humano, como bien sabemos, tienen muchos rostros y muchos nombres: desempleo, drogadicción, alcoholismo, fracaso familiar, inadaptación social, abandono a los ancianos, mujeres maltratadas, niños abandonados... Ninguno de éstos puede encontrar cerrada la puerta de una comunidad cristiana. La fe que no da el fruto de la caridad es una fe muerta. La fe está viva cuando se traduce en obras de caridad constante, en responsabilidad personal en la familia, en el trabajo, en la participación social y ciudadana.

Postrados ante Nuestra Señora, le pedimos que nos ayude a contribuir a crear una sociedad cimentada en la Verdad, que se edifique en la Justicia, se sustente en la Libertad y se comunique en el Amor.

Desgraciadamente, hoy, nuestra fe se tambalea muchas veces ante las dificultades que sentimos para vivirla en medio de un mundo cambiante que muchas veces da la espalda a Dios; por eso necesitamos en estos momentos elevar nuestra mirada y nuestro corazón a María, la mujer fuerte, firme, creyente, especialmente en los momentos de dolor.

Cuando cunde el desánimo y la desesperanza, cuando muchos creen que no se puede hacer nada y que no merece la pena trabajar y esforzarse por un mundo nuevo y mejor, María es la mujer que espera en Dios, también cuando parece que la esperanza se queda sin cimientos. La esperanza, atraviesa el espesor de las tinieblas, María elevada en cuerpo y alma a los cielos, nos precede como la primera cristiana salvada. Ella nos empuja, mientras peregrinamos, a superar el cansancio, el fracaso, el pecado y la misma muerte, porque María “permanece entre nosotros como la columna que guiaba día y noche al pueblo en el desierto”.

Hoy quisiéramos arrodillar nuestra alma a los pies de Santa María y pedirle a Nuestra Señora que cuando llegue el día de la ira, en que Nuestro Señor, Justo Juez, nos llame a Su presencia, quiera alargarnos la mano, una mano fuerte y suave como la de todas las madres, y quiera cubrir la desnudez de nuestra alma y la multitud de nuestras culpas con su manto maternal, el mismo manto que hoy devotamente le ofrecemos, para que el Señor, Justo Juez, quiera ser para nosotros Padre de Misericordia y Dios de toda consolación.

Pidamos a María, bajo la dulcísima advocación del Pilar, que nos ayude a ser firmes en la fe, a pesar de las dificultades, que nos sintamos y mostremos seguros en la esperanza en la persona de Cristo y en su mensaje, y constantes en la vivencia del amor a Dios y a los hermanos. Santísima Virgen del Pilar, ruega por nosotros!

Muchas gracias.